

EL “NUEVO” IMPERIALISMO: ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN*

DAVID HARVEY

* Traducido por Ruth Felder.

La larga supervivencia del capitalismo, a pesar de sus múltiples crisis y reorganizaciones y de los presagios acerca de su inminente derrota provenientes tanto de la izquierda como de la derecha, es un misterio que requiere aclaración. Henry Lefebvre pensaba que había encontrado la clave del mismo, en su famosa idea de que el capitalismo sobrevive a través de la producción del espacio, pero no explicó exactamente cómo sucedía esto (1).

Tanto Lenin como Rosa Luxemburgo, por razones muy distintas, y utilizando también diferentes argumentos, consideraban que el imperialismo –una forma determinada de producción del espacio– era la respuesta al enigma, aunque ambos planteaban que esta solución estaba acotada por sus propias contradicciones.

En los ‘70 traté de abordar el problema mediante el análisis de los “ajustes espacio-temporales” y de su rol en las contradicciones internas de la acumulación de capital (2). Este argumento sólo tiene sentido en relación con la tendencia del capitalismo a producir crisis de sobreacumulación, la cual puede entenderse teóricamente mediante la noción de caída de la tasa de ganancia de Marx (3). Estas crisis se expresan como excedentes de capital y de fuerza de trabajo que coexisten sin que parezca haber manera de que puedan combinarse de forma rentable a efectos de llevar a cabo tareas socialmente útiles. Si no se producen devaluaciones sistémicas (e incluso la destrucción) de capital y fuerza de trabajo, deben encontrarse maneras de absorber estos excedentes. La expansión geográfica y la reorganización espacial son opciones posibles. Pero éstas tampoco pueden divorciarse de los ajustes temporales, ya que la expansión geográfica a menudo implica inversiones de largo plazo en infraestructuras físicas y sociales (por ejemplo, en redes de transporte y comunicaciones, educación e investigación) cuyo valor tarda muchos años en realizarse a través de la actividad productiva a la que contribuyen.

Desde los ‘70 el capitalismo global ha experimentado un problema crónico y duradero de sobreacumulación. Considero que los datos empíricos recopilados por Robert Brenner para documentar este tema son, en general, convincentes

(4). Por mi parte, interpreto la volatilidad del capitalismo internacional durante estos años en términos de una serie de ajustes espacio-temporales que han fracasado, incluso en el mediano plazo, para afrontar los problemas de sobreacumulación. Como plantea Peter Gowan, fue a través de la orquestación de tal volatilidad que Estados Unidos (EUA) buscó preservar su posición hegemónica en el capitalismo global (5). En consecuencia, el viraje reciente hacia un imperialismo abierto respaldado por la fuerza militar norteamericana puede entenderse como un signo del debilitamiento de su hegemonía frente a las serias amenazas de recesión y devaluación generalizada en el país, que contrasta con los diversos ataques de devaluación infligidos previamente en otros lugares (América Latina en los '80 y primeros años de los '90, y las crisis aún más serias que consumieron al Este y Sudeste asiático en 1997 y que luego hundieron a Rusia y a parte de Latinoamérica). Pero también quiero plantear que la incapacidad de acumular a través de la reproducción ampliada sobre una base sustentable ha sido acompañada por crecientes intentos de acumular mediante la desposesión (6). Esta, según mi conclusión, es la marca de lo que algunos llaman “el nuevo imperialismo” (7).

EL AJUSTE ESPACIO- TEMPORAL Y SUS CONTRADICCIONES

La idea básica del ajuste espacio-temporal es bastante simple. La sobreacumulación en un determinado sistema territorial supone un excedente de trabajo (creciente desempleo) y excedente de capital (expresado como una sobreabundancia de mercancías en el mercado que no pueden venderse sin pérdidas, como capacidad productiva inutilizada, y/o excedentes de capital-dinero que carecen de oportunidades de inversión productiva y rentable).

Estos excedentes pueden ser absorbidos por:

- (a) el desplazamiento temporal a través de las inversiones de capital en proyectos de largo plazo o gastos sociales (tales como educación e investigación), los cuales difieren hacia el futuro la entrada en circulación de los excedentes de capital actuales;
- (b) desplazamientos espaciales a través de la apertura de nuevos mercados, nuevas capacidades productivas y nuevas posibilidades de recursos y de trabajo en otros lugares; o
- (c) alguna combinación de (a) y (b).

La combinación de (a) y (b) es particularmente importante cuando analizamos el capital fijo independiente inmovilizado en el ambiente construido. Este brinda las infraestructuras físicas necesarias para que la producción y el consumo se realicen en el espacio y el tiempo (desde los parques industriales, puertos y aeropuertos, sistemas de transporte y comunicaciones, hasta la provisión de agua y cloacas, vivienda, hospitales y escuelas).

Claramente, no es éste un sector menor de la economía, y es capaz de absorber ingentes cantidades de capital y trabajo, particularmente en condiciones de rápida expansión e intensificación geográfica.

La reasignación de los excedentes de capital y trabajo hacia estas inversiones requiere de la mediación de las instituciones financieras y/o estatales capaces de generar crédito. Se crea una cantidad de “capital ficticio” que puede trascender el consumo actual para asignarse a proyectos futuros, como construcción o educación, que revigorizan la economía (tal vez incluyendo el aumento de la demanda del excedente de mercancías como camisas y zapatos por parte de los maestros y trabajadores de la construcción) (8). Si los gastos

en el ambiente construido o las mejoras sociales prueban ser productivos (es decir, facilitan a futuro formas más eficientes de acumulación de capital) los valores ficticios se amortizan (ya sea directamente a través de la deuda o indirectamente en forma de mayores ingresos por impuestos que permitan pagar la deuda pública). Si no, la sobreacumulación de valor en el ambiente construido o en la educación puede manifestarse en devaluaciones de estos activos (viviendas, oficinas, parques industriales, aeropuertos, etc.) o en dificultades en el pago de la deuda estatal originada en la infraestructura física o social (crisis fiscal del estado).

El rol de este tipo de inversiones en la estabilización y desestabilización del capitalismo ha sido significativo. Me refiero, por ejemplo, a que el origen de la crisis de 1973 fue el colapso mundial de los mercados inmobiliarios (comenzando con el Herstatt Bank en Alemania que arrastró al Franklin National en EUA), seguido casi inmediatamente por la virtual bancarrota de la ciudad de Nueva York en 1975 (un caso clásico de gastos sociales que superan a los impuestos); a que la década de estancamiento en Japón iniciada a principios de los '90 comenzó con el colapso de la burbuja especulativa en tierras, propiedades y otros activos, que puso en riesgo al conjunto del sistema bancario; a que el comienzo del colapso asiático de 1997 fue el estallido de la burbuja de propiedad en Tailandia e Indonesia; y a que el impulso más importante para las economías estadounidense y británica, luego del inicio de la recesión generalizada en todos los otros sectores, a partir de mediados de 2001, ha sido el vigor especulativo sostenido de los mercados inmobiliarios. Desde 1998 los chinos han mantenido el crecimiento de su economía y trataron de absorber el excedente de trabajo (y controlar la amenaza de descontento social) mediante inversiones en mega-proyectos que empuñan la ya enorme Represa de las Tres Gargantas (8.500 millas de nuevos ferrocarriles, autopistas y proyectos urbanísticos, masivos trabajos de ingeniería para desviar el agua desde el río Yangtze al Amarillo, nuevos aeropuertos, etc.) financiadas con endeudamiento. Resulta muy sorprendente que la mayoría de los análisis de la acumulación de capital (incluido el de Brenner) ignoren completamente estos temas, o los traten como epifenómenos.

El término “*fix*” tiene un doble sentido (N. de la T.: expresión intraducible. En la versión original, la palabra *fix* es utilizada como ajuste y como fijo). Por un lado, una cierta porción del capital total queda literalmente fijada en alguna forma física por un tiempo relativamente largo (dependiendo de su duración física y económica). Los gastos sociales también se territorializan y se mantienen geográficamente inmóviles a través del compromiso estatal (sin embargo, no voy a considerar explícitamente la infraestructura social ya que el tema es complejo y requeriría demasiado espacio). Parte del capital fijo es geográficamente móvil (como la maquinaria que puede ser desplazada

fácilmente de sus localizaciones originales y llevada a otros lugares) pero el resto está fijado de modo tal que no puede ser movido sin ser destruido. Los aviones son móviles, pero los aeropuertos a los que estos vuelan no.

El “ajuste” espacio-temporal, por otra parte, es una metáfora de las soluciones a las crisis capitalistas a través del aplazamiento temporal y la expansión geográfica. La producción del espacio, la organización de nuevas divisiones territoriales de trabajo, la apertura de nuevos y más baratos complejos de recursos, de nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital y de penetración de relaciones sociales y arreglos institucionales capitalistas (reglas contractuales y esquemas de propiedad privada) en formaciones sociales preexistentes brindan diversos modos de absorber los excedentes de capital y trabajo existentes. Sin embargo, estas expansiones, reorganizaciones reconstrucciones geográficas a menudo amenazan los valores fijados en un sitio que aún no han sido realizados. Vastas cantidades de capital fijo en un sitio actúan como una carga para la búsqueda de un ajuste espacial en otro lugar. Los valores de los activos fijos que constituyen la ciudad de Nueva York no eran ni son triviales, y la amenaza de devaluación masiva ocurrida en 1975 (y nuevamente en 2003) era (y es) vista por muchos como un gran peligro para el futuro del capitalismo. Si el capital se mueve de allí, deja detrás una estela de devastación (la experiencia de desindustrialización de los ‘70 y ‘80 en los centros económicos del capitalismo como Pittsburgh y Sheffield, así como en muchas otras partes del mundo, como Bombay, ilustra esta cuestión). Por otra parte, si el capital sobreacumulado no puede o no quiere moverse, permanece para ser directamente devaluado. Usualmente ofrezco el siguiente argumento resumido de este proceso: el capital, en su proceso de expansión geográfica y desplazamiento temporal que resuelve las crisis de sobreacumulación a la que es proclive, crea necesariamente un paisaje físico a su propia imagen semejanza en un momento, para destruirlo luego. Esta es la historia de la destrucción creativa (con todas sus consecuencias sociales y ambientales negativas) inscripta en la evolución del paisaje físico y social del capitalismo.

Generalmente surge otra serie de contradicciones dentro de la dinámica de las transformaciones. Si existen excedentes de capital y de fuerza de trabajo dentro de un territorio determinado (como por ejemplo un estado nación) que no pueden ser absorbidos internamente (ya sea mediante ajustes geográficos o gastos sociales), deben ser enviados a otro lugar a fin de encontrar un nuevo terreno para su realización rentable para no ser devaluados. Esto puede suceder de varias maneras. Pueden encontrarse otros mercados para el excedente de mercancías. Pero los espacios a los que se envían los excedentes deben poseer reservas de oro o dinero (por ejemplo, dólares) o bienes intercambiables como medios de pago. Los excedentes de mercancías egresan a cambio del ingreso de dinero o mercancías. El problema de la sobreacumulación se alivia sólo en el

corto plazo, ya que se trata meramente de un cambio del excedente de mercancías por dinero o por otra forma-mercancía, aunque en el caso de que el cambio se realice en materias primas u otros insumos más baratos es posible aliviar temporalmente la presión a la baja de la tasa de ganancia en el lugar. Si el territorio no posee reservas o mercancías para intercambiar, debe hallarlas (como fue el caso en el que Gran Bretaña forzó a India a hacerlo, abriendo el comercio de opio con China en el siglo XIX y extrayendo el oro chino a través del comercio hindú) o debe recibir crédito o asistencia. En este último caso, un territorio recibe el préstamo o la donación del dinero con que comprar el excedente de mercancías generadas en el territorio en cuestión. Los británicos hicieron esto con Argentina en el siglo XIX, y durante la década de los '90 los excedentes comerciales japoneses fueron ampliamente absorbidos mediante préstamos para EUA destinados a apoyar el consumismo que compraba los bienes japoneses. Claramente, las transacciones mercantiles y crediticias de este tipo pueden aliviar los problemas de sobreacumulación, al menos en el corto plazo. Ellas funcionan muy bien en condiciones de desarrollo geográfico desigual en las que los excedentes disponibles en un territorio se compensan por la falta de oferta en otro lugar. Pero simultáneamente, el recurso al sistema de crédito vuelve a los territorios vulnerables a los flujos de capital especulativo y ficticio, que pueden tanto estimular como minar el desarrollo capitalista e inclusive, como sucedió recientemente, pueden ser usados para imponer salvajes devaluaciones en territorios vulnerables.

La exportación de capital, particularmente cuando esta va acompañada por la de fuerza de trabajo, opera de manera bastante diferente y frecuentemente tiene efectos de más largo plazo. En este caso, los excesos de capital (por lo general capital-dinero) y trabajo son enviados a otros lugares para poner en movimiento la acumulación de capital en el nuevo espacio. Los excedentes generados en Gran Bretaña en el siglo XIX encontraron su lugar en EUA y en las colonias en Sudáfrica, Australia y Canadá, creando nuevos centros dinámicos de acumulación en estos territorios, lo cual generó una demanda de bienes británicos. Dado que pueden transcurrir muchos años para que el capitalismo madure en estos territorios (si es que alguna vez lo hace) y comience a producirse sobreacumulación de capital, el país de origen puede esperar beneficiarse por un período considerable como resultado de este proceso. Este es el caso particular de los bienes que se demandan en otros lugares como infraestructuras físicas fijas (como por ejemplo ferrocarriles y represas) requeridas como base para la futura acumulación de capital. Pero la tasa de retorno de estas inversiones de largo plazo en el ambiente construido depende de la evolución de una dinámica sostenida de acumulación en el país receptor. Gran Bretaña guió a Argentina en este camino durante la última parte del siglo XIX. EUA, a través del Plan Marshall para Europa (Alemania en particular) y Japón vio claramente que su propia seguridad económica (dejando de lado el

aspecto militar asociado a la guerra fría) residía en la revitalización de la actividad capitalista en estos lugares.

Las contradicciones surgen porque los nuevos espacios dinámicos de acumulación de capital terminan por generar excedentes que deben ser absorbidos a través de la expansión geográfica. A partir de fines de los '60, Japón y Alemania se transformaron en competidores de EUA, de modo similar a como Norteamérica había superado al capital británico (y contribuido a derrumbar su imperio) durante el siglo XX. Es interesante observar el momento en el que el desarrollo interno fuerte desborda en la búsqueda de un ajuste espacio-temporal. Japón lo hizo durante los '60, primero a través del comercio, luego a través de la exportación de capital como inversión directa en Europa y EUA, y más recientemente a través de inversiones masivas (directas y de cartera) en el Este y Sudeste asiático, y finalmente a través de los préstamos al exterior (particularmente a EUA). Corea del Sur se volcó repentinamente hacia el exterior en los '80, seguida casi inmediatamente por Taiwán en los '90. Ambos países exportan no sólo capital financiero sino también algunas de las más despiadadas prácticas de administración del trabajo que puedan imaginarse, como subcontratistas del capital multinacional alrededor del mundo (en América Central, África, y el resto del Sur y Este de Asia). Incluso los países que han tenido éxito en su reciente adhesión al desarrollo capitalista tuvieron la urgente necesidad de encontrar un ajuste espacio-temporal para su capital sobreacumulado. La rapidez con la que ciertos territorios, como Corea del Sur, Singapur, Taiwán, y ahora también China, pasaron de ser receptores netos a exportadores netos, ha sido bastante asombrosa si se la compara con el ritmo más lento en períodos anteriores. Así, estos territorios exitosos deben adaptarse rápidamente a la presión interna de sus propios ajustes espacio-temporales.

China, que absorbe excedentes en forma de inversión extranjera directa de Japón, Corea y Taiwán, está reemplazando rápidamente a estos países en muchas líneas de producción y exportaciones (particularmente las de bajo valor agregado e intensivas en trabajo, aunque prontamente está avanzando en la producción de mercancías de mayor valor agregado). El exceso generalizado de capacidad identificado por Brenner puede desagregarse en una serie expansiva de ajustes espacio-temporales, en el Sur y el Este de Asia en primer lugar, adicionalmente en América Latina –Brasil, México y Chile en particular–, acompañados ahora por Europa oriental. Y en una sugerente reversión, explicable en buena medida por el rol del dólar como moneda de reserva global que confiere el poder de señoreaje, EUA, con el enorme crecimiento de su deuda, ha absorbido los capitales excedentes del Este y Sudeste asiático principalmente y también de otros lugares (9).

El resultado adicional, sin embargo, es la competencia internacional, que se

intensifica crecientemente a medida que surgen múltiples centros dinámicos de acumulación de capital que compiten en el escenario mundial, en un marco de fuertes corrientes de sobreacumulación. Como no todos pueden tener éxito a largo plazo, o bien los más débiles sucumben y caen en serias crisis de devaluación, o bien estallan confrontaciones geopolíticas expresadas a través de guerras comerciales, monetarias o incluso militares (de las que produjeron dos guerras mundiales entre las potencias capitalistas en el siglo XX). En este caso, lo que se exporta es la devaluación y la destrucción (por ejemplo, aquella que las instituciones financieras estadounidenses indujeron en el Este y Sudeste asiático en 1997-1998), y los ajustes espacio-temporales asumen formas mucho más siniestras. Para entender cómo ocurre esto, es necesario destacar algunos otros aspectos de este proceso.

CONTRADICCIONES INTERNAS

En la *Filosofía del Derecho*, Hegel plantea cómo la dialéctica interna de la sociedad burguesa, mediante la producción de sobreacumulación de riqueza en un extremo y una muchedumbre de indigentes en el otro, lleva a buscar soluciones a través del comercio y las prácticas coloniales e imperiales.

Rechaza, por otra parte, la idea de que sea posible resolver los problemas de desigualdad social e inestabilidad a través de mecanismos internos de redistribución (10). Lenin cita a Cecil Rhodes para decir que el colonialismo y el imperialismo son las únicas formas posibles de evitar la guerra civil (11). Las relaciones y la lucha de clase dentro de una formación social territorialmente circunscripta impulsan a la búsqueda de ajustes espacio-temporales en otros lugares.

En este sentido, es interesante la evidencia de finales del siglo XIX.

Joseph Chamberlain (apodado “Joe, el radical”) se identificaba estrechamente con los intereses manufactureros de Birmingham, y en principio se oponía al imperialismo (durante las guerras afganas de la década de 1850).

Se dedicó a la reforma educativa y a la mejora de las infraestructuras físicas y sociales para la producción y el consumo en su ciudad natal. Pensaba que esto ofrecía una salida para la producción de los excedentes que en el largo plazo sería redituable. Figura importante dentro del movimiento liberal conservador, fue un observador directo de la creciente oleada de lucha de clases en Gran Bretaña. En 1885 pronunció un discurso en el que convocaba a las clases propietarias a reconocer sus responsabilidades sociales (a mejorar las condiciones de vida de los menos favorecidos y a invertir en infraestructuras sociales y físicas en nombre del interés nacional) más allá de la estricta promoción de sus derechos individuales como propietarios. El escándalo que originó entre estas clases lo forzó a retractarse, y desde ese momento se convirtió en el defensor más ardiente del imperialismo (al final, como el Secretario Colonial que llevó a Gran Bretaña al desastre de la guerra de los Boers). Pero esta trayectoria era bastante común para la época. Jules Ferry en Francia, otro defensor ardiente de la reforma interna, particularmente la reforma educativa durante la década de 1860, asumió la defensa del colonialismo luego de la Comuna de 1871 (llevando a Francia al atolladero del Sudeste asiático que culminó en la derrota de Dien Bien-Phu en 1954); Francesco Crispi trató de resolver el problema de la tierra en el Sur de Italia a través de la colonización de África; y hasta Theodore Roosevelt en EUA priorizó las políticas imperiales por sobre las reformas internas, luego de que Frederic Jackson Turner

declarara, erróneamente, al menos en lo que hace a las oportunidades de inversión, que la frontera estadounidense estaba cerrada (12).

En todos estos casos, el viraje hacia una forma liberal de imperialismo (asociada a una ideología de progreso y a una misión civilizatoria) no resultó de imperativos económicos absolutos sino de la falta de voluntad política de la burguesía para resignar alguno de sus privilegios de clase, bloqueando así la posibilidad de absorber la sobreacumulación mediante la reforma social interna. Actualmente, la fuerte oposición por parte de los propietarios del capital a cualquier política de redistribución o de mejora social interna en EUA no deja otra opción que mirar al exterior para resolver sus dificultades económicas. Este tipo de políticas de clase internas forzaron a muchos poderes europeos a mirar al exterior para resolver sus problemas entre 1884 y 1945, y esto imprimió su particular tonalidad a las formas que adoptó entonces el imperialismo europeo. Muchas figuras liberales e incluso radicales se volvieron imperialistas orgullosos durante estos años, y buena parte del movimiento obrero se persuadió de que debía apoyar el proyecto imperial como un elemento esencial para su bienestar. Esto requirió, sin embargo, que los intereses burgueses comandaran ampliamente las políticas estatales, los aparatos ideológicos y el poder militar. En mi opinión, Hannah Arendt interpreta este imperialismo eurocéntrico correctamente como “la primera etapa del dominio político de la burguesía y no la última fase del capitalismo”, como había sido descrita por Lenin (13). He de considerar esta idea con más detalle en la conclusión.

MEDIACIONES INSTITUCIONALES PARA LA PROYECCIÓN DEL PODER EN EL ESPACIO

En un artículo reciente, Jeffrey Henderson señala que la diferencia entre Taiwán y Singapur (ambos países escaparon de la crisis de 1997-98 relativamente ilesos exceptuando la devaluación de la moneda) y Tailandia e Indonesia (que sufrieron un colapso económico y político casi total) se explica por las diferencias en el estado y las políticas financieras (14). Los primeros se mantuvieron aislados de flujos especulativos en sus mercados inmobiliarios y financieros a través de fuertes controles estatales, mientras que los últimos no lo hicieron. Las diferencias de este tipo sin duda importan. La forma que asumen las instituciones mediadoras es la de productoras, a la vez que producto, de la dinámica de la acumulación de capital.

Claramente, tanto el patrón de turbulencia en las relaciones entre poder estatal, supraestatal y financiero como la dinámica más general de la acumulación de capital (a través de la producción y devaluaciones selectivas) han sido uno de los más claros y más complejos elementos en la narrativa del desarrollo geográfico desigual y de la política imperialista del período iniciado en 1973 (15). Pienso que Gowan tiene razón cuando ve la reestructuración radical del capitalismo internacional como una serie de apuestas por parte de EUA para tratar de mantener su posición hegemónica en la escena económica internacional frente a Europa, Japón, y más tarde frente al Este y Sudeste de Asia (16). Esto comenzó durante la crisis de 1973, con la doble estrategia de Nixon basada en altos precios del petróleo y desregulación financiera. Entonces, los bancos estadounidenses recibieron el derecho exclusivo de reciclar las grandes cantidades de petrodólares que se estaban acumulando en la región del Golfo. Esta actividad financiera, que volvió a centrarse en EUA, junto con la desregulación del sector financiero dentro de este país, ayudó a rescatar a Nueva York de su crisis económica local. Se creó un poderoso régimen financiero basado en Wall Street y la Reserva Federal (17) con poder de control sobre las instituciones financieras globales (tales como el FMI) capaz de hacer y deshacer muchas economías más débiles a través de la manipulación del crédito y de las prácticas de administración de la deuda. Según el argumento de Gowan, este régimen monetario y financiero fue usado por sucesivas administraciones norteamericanas “como un formidable instrumento

de gobernanza y control económico para impulsar el proceso de globalización y las transformaciones nacionales neoliberales asociadas al mismo”. El régimen se desarrolló a través de las crisis. “El FMI cubre el riesgo y asegura que los bancos estadounidenses no pierdan (los países pagan mediante ajustes estructurales, etc.) y la fuga de capitales provenientes de crisis localizadas en el resto del mundo termina reforzando el poder de Wall Street” (18). Como efecto de esto, el poder económico norteamericano se ha proyectado hacia el exterior (en alianza con otros, siempre que fuera posible); se ha forzado la apertura de los mercados, particularmente los de capital y de flujos financieros (actualmente un requisito para integrar el FMI) y se han impuesto otras prácticas neoliberales (culminando con la OMC) sobre buena parte del resto del mundo.

Hay dos cuestiones a destacar en este sistema. Primero, el libre comercio de mercancías suele describirse como la apertura del mundo a una competencia libre y abierta. Pero este argumento es desmentido, tal como Lenin lo había señalado mucho tiempo atrás, por el poder monopólico u oligopólico (ya sea en la producción o en el consumo). Por ejemplo, EUA ha utilizado repetidamente el cierre del acceso a su enorme mercado como arma para forzar a otras naciones a cumplir con sus deseos. El caso más reciente (y burdo) de esta línea argumental lo ofreció Robert Zoellick, el actual Secretario de Comercio, al plantear que si Lula, el presidente electo de Brasil por el Partido de los Trabajadores (PT), no se alinea con los planes de libre mercado para América, entonces su país se vería forzado a exportar a la Antártida (19). Taiwan y Singapur fueron forzados a adherir a la OMC y, consecuentemente, a abrir sus mercados financieros al capital especulativo frente a las amenazas norteamericanas de negarles acceso a su mercado. Ante la insistencia de la Reserva Federal, Corea del Sur fue obligada a actuar en igual sentido como condición para obtener el salvataje del FMI en 1998. EUA planea ahora agregar una cláusula de compatibilidad financiera institucional para otorgar donaciones con contrapartida a países pobres. En materia productiva, los oligopolios localizados mayoritariamente en las regiones capitalistas centrales controlan efectivamente la producción de semillas, fertilizantes, productos electrónicos, programas de computación, productos farmacéuticos y productos del petróleo, entre muchos otros. En estas condiciones, la mayor apertura mercantil no amplía la competencia sino que sólo crea oportunidades para la proliferación de los poderes monopólicos con todas sus consecuencias sociales, ecológicas, económicas y políticas. El hecho de que casi dos tercios del comercio exterior actual se concentren en transacciones dentro de y entre las mayores corporaciones transnacionales es un indicador de esta situación. Existe consenso entre los analistas acerca de que en el Sur y Este de Asia algo aparentemente tan benigno como la Revolución Verde ha acompañado el incremento del producto agrícola con una considerable concentración de

riqueza en el sector agrario y con mayores niveles de dependencia respecto de insumos monopolizados. La penetración de las empresas tabacaleras estadounidenses en el mercado chino compensa las pérdidas que estas tienen en su propio mercado y seguramente generará una crisis de salud pública en China en las próximas décadas. En este sentido, que el neoliberalismo implica una competencia abierta antes que un control monopólico o competencia limitada dentro de estructuras oligopólicas es una idea fraudulenta que, como de costumbre, el fetichismo de la libertad de mercado enmascara. El libre comercio no significa comercio justo.

Como lo reconocen algunos de sus defensores, hay también una gran diferencia entre el libre comercio de mercancías y la libertad de movimiento para el capital financiero (20). Esto plantea inmediatamente el problema de qué clase de libertad de mercado es aquella de la que se está hablando. Algunos, como J. Bhagwati, defienden ardientemente el libre comercio de mercancías pero se resisten a aceptar que este necesariamente deba aplicarse a los flujos financieros. La dificultad aquí es la siguiente. Por una parte, los flujos de crédito son vitales para las inversiones productivas y para las reasignaciones de capital de una línea o lugar de producción a otros.

También juegan un papel importante al facilitar el balance de las necesidades de consumo –de vivienda, por ejemplo– con las actividades productivas en los mercados mundiales espacialmente desagregados por la existencia de excedentes en algunos lugares y déficit en otros. Al respecto, el sistema financiero, con o sin participación estatal, es crítico para coordinar la dinámica de la acumulación de capital a través del desarrollo geográfico desigual. Pero el capital financiero abarca también una gran cantidad de actividad improductiva en la que el dinero se usa simplemente para obtener más dinero mediante la especulación en mercancías futuras, valores monetarios, deuda y demás. Cuando se dispone de grandes cantidades de capital para estos fines, los mercados abiertos de capital se vuelven vehículos para la actividad especulativa, parte de la cual se transforma en profecías autocumplidas, como lo hemos visto durante los ‘90 en los casos de las “punto.com” y las burbujas de la bolsa de valores, o los fondos especulativos de cobertura (*hedge funds*), que contaban con billones de dólares a su disposición, y forzaron la bancarrota de Indonesia y Corea del Sur sin que importara la fortaleza de su economía real. Buena parte de lo que pasa en Wall Street no tiene nada que ver con facilitar las inversiones en actividades productivas. Es puramente especulativo (de aquí las descripciones de capitalismo “casino”, “depredador” y hasta “buitre” –es el caso de la debacle de Long Term Capital Management que necesitó de un rescate de US\$ 2.300 millones, lo que nos recuerda que la especulación puede fallar fácilmente). Esta actividad tiene un fuerte impacto sobre la dinámica general de la acumulación de capital. Sobre todo, facilitó que el poder político

y económico volviera a centrarse primariamente en EUA y en los mercados financieros de otros países centrales (Tokio, Londres, Frankfurt).

El modo en que esto ocurre depende de la forma dominante de las alianzas de clase de los países centrales, las relaciones de fuerza entre ellas en la negociación de los acuerdos internacionales (la nueva arquitectura financiera internacional implementada después de 1997-98 para reemplazar al denominado Consenso de Washington-CW de mediados de los '90) y las estrategias político-económicas puestas en marcha por los agentes dominantes con respecto del capital excedente. El surgimiento de un complejo "Wall Street-Reserva Federal-FMI" dentro de EUA, capaz de controlar las instituciones globales y de proyectar un vasto poder financiero alrededor del mundo mediante una red de otras instituciones financieras y gubernamentales, ha jugado un rol determinante y problemático en la dinámica del capitalismo global en los años recientes. Pero este centro de poder sólo puede operar del modo en que lo hace porque el resto del mundo está interconectado y efectivamente enganchado en un marco estructurado de instituciones financieras y gubernamentales (incluyendo las supranacionales). De aquí la importancia de la colaboración entre, por ejemplo, bancos centrales de las naciones del G7 y de los diversos acuerdos internacionales (temporales en el caso de las estrategias monetarias y más permanentes en el caso de la OMC) diseñados para afrontar dificultades específicas (21). Y si el poder de mercado no es suficiente para alcanzar determinados objetivos y para poner en caja a los elementos recalcitrantes o "estados canallas" (*rogue states*), está disponible el inigualable poder militar estadounidense (abierto o encubierto).

Este complejo de acuerdos institucionales debe, en el mejor de los mundos capitalistas posibles, ponerse en marcha para sostener y apoyar la reproducción ampliada (crecimiento). Pero, de modo similar a lo que sucede con la guerra en relación con la diplomacia, la intervención del capital financiero respaldada por el poder estatal frecuentemente puede volverse acumulación por otros medios. Una alianza *non sancta* entre los poderes estatales y los aspectos depredadores del capital financiero forma la punta de lanza de un "capitalismo de rapiña" dedicado a la apropiación y devaluación de activos, más que a su construcción a través de inversiones productivas. Pero, ¿cómo debemos interpretar estos "otros medios" de acumulación o devaluación?

ACUMULACIÓN POR DESPOSESIÓN

En *La acumulación del capital*, Luxemburgo presta atención al carácter dual de la acumulación de capital:

De un lado tiene lugar en los sitios de producción de la plusvalía –en la fábrica, en la mina, en el fundo agrícola y en el mercado de mercancías.

Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados... Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir cómo en la acumulación el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases. El otro aspecto de la acumulación del capital se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan como métodos la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión y la rapiña.

Por eso cuesta trabajo descubrir las leyes severas del proceso económico en esta confusión de actos políticos de violencia, y en esta lucha de fuerzas.

Estos dos aspectos de la acumulación, según su argumento, están “orgánicamente vinculados” y “la evolución histórica del capitalismo sólo puede ser comprendida si los estudiamos conjuntamente” (22).

La teoría general de la acumulación de capital de Marx se basa en ciertos supuestos iniciales cruciales que, en términos generales, coinciden con los de la economía política clásica y que excluyen los procesos de acumulación originaria. Estos supuestos son: mercados competitivos que funcionan libremente con acuerdos institucionales que garantizan la propiedad privada, el individualismo jurídico, la libertad de contratar, y estructuras legales gubernamentales apropiadas garantizadas por un estado “facilitador”, el cual y también asegura la integridad del dinero como reserva de valor y como medio de circulación. El rol del capitalista como productor e intercambiador de mercancías está establecido, y la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía que generalmente se intercambia por su valor. La acumulación

“primitiva” u “originaria” ya ha ocurrido, y la acumulación se desarrolla como reproducción ampliada (a través de la explotación del trabajo vivo en la producción) dentro de una economía cerrada que opera en condiciones de “paz, propiedad e igualdad”. Estos supuestos nos permiten ver qué pasaría si el proyecto liberal de la economía política clásica o, en nuestro tiempo, el proyecto neoliberal de los economistas neoclásicos, se realizara. La brillantez del método dialéctico de Marx es mostrar que la liberalización mercantil –el credo de los liberales y neoliberales– no producirá un estado de armonía en el que todos estarán mejor, sino que producirá mayores niveles de desigualdad social, como de hecho ha sucedido durante los últimos treinta años de neoliberalismo, particularmente en países como Gran Bretaña y EUA, que se atuvieron más estrechamente a esta línea política. Marx predice que también producirá creciente inestabilidad, la cual culminará en crisis crónicas de sobreacumulación del tipo de la que ahora estamos presenciando.

La desventaja de estos supuestos es que relegan la acumulación basada en la depredación, el fraude y la violencia a una “etapa originaria” que deja de ser considerada relevante, o, como en el caso de Luxemburgo, es vista como algo “exterior” al sistema capitalista. Una revisión general del rol permanente y de la persistencia de prácticas depredadoras de acumulación “primitiva” “originaria” a lo largo de la geografía histórica de la acumulación de capital u resulta muy pertinente, tal como lo han señalado recientemente muchos analistas (23). Dado que denominar “primitivo” u “originario” a un proceso en curso parece desacertado, en adelante voy a sustituir estos términos por el concepto de **“acumulación por desposesión”**.

Una mirada más atenta de la descripción que hace Marx de la acumulación originaria revela un rango amplio de procesos. Estos incluyen la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de las poblaciones campesinas; la conversión de diversas formas de derechos de propiedad – común, colectiva, estatal, etc.– en derechos de propiedad exclusivos; la supresión del derecho a los bienes comunes; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía y la supresión de formas de producción y consumo alternativas; los procesos coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos, incluyendo los recursos naturales; la monetización de los intercambios y la recaudación de impuestos, particularmente de la tierra; el tráfico de esclavos; y la usura, la deuda pública y, finalmente, el sistema de crédito. El estado, con su monopolio de la violencia y sus definiciones de legalidad, juega un rol crucial al respaldar y promover estos procesos. Hay evidencia considerable, como lo sugiere Marx y lo confirma Braudel, de que la transición al desarrollo capitalista estuvo ampliamente supeditada al apoyo del estado –apoyo decidido en el caso de Gran Bretaña, débil en Francia y fuertemente negativo hasta hace muy poco tiempo en China (24). La referencia

al carácter reciente del viraje hacia la acumulación originaria en China indica que se trata de un proceso en curso; y existen fuertes evidencias de que el estado y la política han jugado un rol crítico en la definición de la intensidad y los patrones de las nuevas formas de acumulación de capital, particularmente en el Este y Sudeste de Asia (por ejemplo, en el caso de Singapur). El rol del “estado desarrollista” en las fases recientes de acumulación de capital ha sido objeto de intenso análisis (25).

Sólo hace falta volver la mirada hacia la Alemania de Bismarck o al Japón de Meiji para reconocer que este ha sido el caso desde hace tiempo.

Todos los rasgos mencionados por Marx han estado claramente presentes en la geografía histórica del capitalismo. Algunos de ellos se han adecuado y hoy juegan un rol aún más importante que el que habían jugado en el pasado. Como lo resaltaron Lenin, Hilferding y Luxemburgo, el sistema de crédito y el capital financiero han sido factores que influyeron significativamente en la depredación, el fraude y el robo. Las promociones bursátiles, los esquemas de ponzi (N. de la T.: se trata de un mecanismo de fraude basado en un esquema piramidal de inversiones, por el cual se les paga a los primeros inversores con el dinero que aportan los últimos en ingresar al sistema, los cuales no recuperan su inversión), la destrucción estructurada de activos a través de la inflación, el vaciamiento a través de fusiones y adquisiciones, la promoción de niveles de endeudamiento que aun en los países capitalistas avanzados reducen a la servidumbre por deudas a poblaciones enteras, por no mencionar el fraude corporativo, la desposesión de activos (el ataque de los fondos de pensión y su liquidación por los colapsos accionarios y corporativos) mediante la manipulación de crédito y acciones, todos estos son rasgos centrales de lo que es el capitalismo contemporáneo. El colapso de Enron desposeyó a mucha gente de sus medios de vida y sus derechos de pensión. Pero sobre todo, debemos prestar atención a los ataques llevados a cabo por los fondos especulativos de cobertura y otras grandes instituciones del capital financiero como la punta de lanza de la acumulación por desposesión en los últimos años. Al crear una crisis de liquidez en el sudeste asiático, los fondos especulativos de cobertura forzaron la bancarrota de empresas. Estas empresas pudieron ser adquiridas a precios de liquidación por capitales excedentes de los países centrales, dando lugar a lo que Wade y Veneroso describen como “la mayor transferencia de activos desde propietarios domésticos (por ejemplo, del Sudeste asiático) a extranjeros (por ejemplo, estadounidenses, japoneses y europeos) en tiempos de paz en los últimos cincuenta años en cualquier lugar del mundo” (26).

También han aparecido mecanismos completamente nuevos de acumulación por desposesión. El énfasis en los derechos de propiedad intelectual en las negociaciones de la OMC (el denominado acuerdo TRIPS, N. de la T.: Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual Relacionados con

el Comercio) marca los caminos a través de los cuales las patentes y licencias de materiales genéticos, plasma de semillas, y cualquier forma de otros productos, pueden ser usadas contra poblaciones enteras cuyas prácticas de manejo ambiental han jugado un papel crucial en el desarrollo de estos materiales. La biopiratería es galopante, y el pillaje del stock mundial de recursos genéticos en beneficio de unas pocas grandes empresas multinacionales está claramente en marcha. La reciente depredación de los bienes ambientales globales (tierra, aire, agua) y la proliferación de la degradación ambiental, que impide cualquier cosa menos los modos capital-intensivos de producción agrícola, han resultado de la total transformación de la naturaleza en mercancía. La mercantilización de las formas culturales, las historias y la creatividad intelectual supone la total desposesión –la industria de la música se destaca por la apropiación y explotación de la cultura y la creatividad populares. La corporativización y privatización de activos previamente públicos (como las universidades), por no mencionar la ola de privatización del agua y otros servicios públicos que ha arrasado el mundo, constituye una nueva ola de “cercamiento de los bienes comunes”. Como en el pasado, el poder del estado es usado frecuentemente para forzar estos procesos, incluso en contra de la voluntad popular. Como también sucedió en el pasado, estos procesos de desposesión están provocando amplia resistencia, de esto se trata el movimiento antiglobalización (27). La vuelta al dominio privado de derechos de propiedad común ganados a través de la lucha de clases del pasado (el derecho a una pensión estatal, al bienestar, o al sistema de salud nacional) ha sido una de las políticas de desposesión más egregias llevadas a cabo en nombre de la ortodoxia neoliberal. El plan del gobierno de Bush para privatizar la seguridad social (y hacer que las pensiones queden sujetas a las oscilaciones de los mercados accionarios) es un caso claro de esto. No sorprende, entonces, que buena parte del énfasis del movimiento antiglobalización se haya centrado recientemente en el reclamo de los bienes comunes y en el ataque al rol conjunto del estado y del capital en su apropiación.

El capitalismo internaliza prácticas canibalísticas, depredadoras y fraudulentas. Pero, tal como Luxemburgo observó convincentemente, es “a menudo difícil determinar, dentro de la maraña de violencia política y disputas de poder, las duras leyes del proceso económico”. La acumulación por desposesión puede ocurrir de diversos modos y su *modus operandi* tiene mucho de contingente y azaroso. Así y todo, es omnipresente, sin importar la etapa histórica, y se acelera cuando ocurren crisis de sobreacumulación en la reproducción ampliada, cuando parece no haber otra salida excepto la devaluación. Arendt sugiere, por ejemplo, que para Gran Bretaña en el siglo XIX, las depresiones de los ‘60 y ‘70 dieron el impulso inicial de una nueva forma de imperialismo en la que la burguesía tomó conciencia de que “por primera vez, el pecado original del simple robo, que siglos antes había hecho posible “la acumulación

originaria de capital” (Marx) y que había posibilitado toda acumulación posterior, debía repetirse una y otra vez, so pena de que el motor de la acumulación súbitamente se detuviera” (28). Esto nos retrotrae a las relaciones entre la búsqueda de ajustes espacio-temporales, los poderes estatales, la acumulación por desposesión y las formas de imperialismo contemporáneo.

Las formaciones sociales capitalistas, a menudo constituidas mediante configuraciones territoriales o regionales particulares y usualmente dominadas por algún centro hegemónico, se han involucrado por mucho tiempo en prácticas cuasi-imperialistas que buscan ajustes espacio-temporales para sus problemas de sobreacumulación. Es posible, sin embargo, periodizar la geografía histórica de estos procesos tomando seriamente el argumento de Arendt de que el imperialismo centrado en Europa durante el período 1884-1945 constituyó el primer intento de dominio político global por parte de la burguesía. Los estados nación se involucraron en proyectos imperiales propios para enfrentar sus problemas de sobreacumulación y conflicto de clase internos. Al cambiar el siglo, este primer sistema estabilizado bajo hegemonía británica y construido en torno de los flujos libres de capital y mercancías en el mercado mundial se descompuso en conflictos geopolíticos entre los principales poderes que intentaban obtener autarquía en sistemas crecientemente cerrados. Confirmando en buena medida la predicción de Lenin, este sistema estalló en dos guerras mundiales. Parte del resto del mundo estaba sufriendo el saqueo de recursos (basta mirar la historia de lo que Japón hizo en Taiwán o lo que Gran Bretaña hizo a Witwatersrand en Sudáfrica) con el objetivo de que la acumulación por desposesión compensara la incapacidad crónica de sostener el capitalismo a través de la reproducción ampliada, que se manifestaría en los ‘30.

Este sistema fue sustituido en 1945 por uno liderado por EUA en el que se trataba de establecer una alianza global entre todos los principales poderes capitalistas para evitar guerras de aniquilación recíproca y encontrar una forma racional de enfrentar la sobreacumulación que había plagado la década del ‘30. Para que esto sucediera, era necesario compartir los beneficios de la intensificación de un capitalismo integrado en las regiones centrales (por esto el apoyo estadounidense a las iniciativas de conformación de la Unión Europea) e involucrarse en la expansión geográfica sistemática del sistema (de aquí la insistencia estadounidense en la descolonización y el “desarrollismo” como un objetivo generalizado para el resto del mundo).

Esta segunda fase de dominio global burgués fue posible en gran medida por la contingencia de la guerra fría. Ésta supuso el liderazgo militar y económico estadounidense como el único superpoder capitalista. El efecto fue la construcción de un “superimperialismo” estadounidense hegemónico, que era más político y militar que una manifestación de necesidad económica. EUA no era demasiado dependiente de exportaciones o importaciones. Podía incluso

afrontar la apertura hacia otros mercados y así absorber mediante ajustes espacio-temporales internos, como el sistema de autopistas interestatal, la suburbanización desordenada y el desarrollo de sus regiones sur y oeste, parte de la capacidad excedente que comenzaba a generarse en Alemania y Japón durante los '60. Así, se produjo un sólido crecimiento con la reproducción ampliada en el mundo capitalista. La acumulación por desposesión estuvo relativamente silenciada, aunque países con capital excedente, como Japón y Alemania Occidental, tenían una creciente necesidad de buscar mercados externos, incluyendo la competencia por el control de los mercados en desarrollo postcoloniales (29). A pesar de esto, en Europa se instauraron fuertes controles sobre la exportación de capital (no así sobre la exportación de mercancías) y se mantuvieron las restricciones sobre las importaciones de capital en Asia del Este. Dominaron las luchas de clase al interior de los estados nación por la reproducción ampliada (cómo ocurriría y quién se beneficiaría). Las principales luchas geopolíticas que surgieron fueron las propias de la guerra fría (con el otro imperio construido por los soviéticos) o luchas residuales (a menudo atravesadas por la política de la Guerra Fría que llevó a EUA a apoyar muchos regímenes postcoloniales reaccionarios) que resultaron de la falta de voluntad de los poderes europeos de desvincularse de sus posesiones coloniales (la invasión de Suez por británicos y franceses en 1956, que no contó en absoluto con el apoyo de EUA, fue emblemática). El resentimiento creciente generado por quedar atrapados en una situación espacio-temporal de subordinación perpetua al centro suscitó movimientos de liberación nacional y contra la dependencia. El socialismo del Tercer Mundo buscó la modernización sobre una base política y de clase completamente diferente.

Este sistema se quebró alrededor de los '70. Resultaba difícil imponer controles al capital cuando los dólares excedentes inundaban el mercado mundial. Las presiones inflacionarias resultantes del intento de EUA de tener al mismo tiempo “cañones y mantequilla” en medio de la Guerra de Vietnam se volvieron muy intensas, a la vez que los niveles de lucha de clase en muchos de los países centrales comenzaron a erosionar las ganancias.

EUA trató entonces de erigir un sistema distinto, basado en una combinación de nuevos acuerdos internacionales y financiero-institucionales que contrarrestaran las amenazas económicas de Alemania y Japón y que volvieran a centrar el poder económico como capital financiero operando desde Wall Street. La connivencia entre el gobierno de Nixon y los sauditas para llevar el precio del petróleo a niveles siderales en 1973 hizo mucho más daño a las economías europeas y japonesa que a la estadounidense, ya que esta última no era en ese momento demasiado dependiente de la oferta petrolera de Oriente Medio (30). Los bancos estadounidenses ganaron el privilegio de reciclar los petrodólares

en la economía mundial .Amenazado en la esfera de la producción, EUA contraatacó imponiendo su hegemonía a través de las finanzas. Pero para que este sistema funcionara efectivamente, los mercados en general, y los mercados de capital en particular, debían ser forzados a abrirse al comercio internacional –un proceso lento que requirió de la presión intensa de EUA respaldada por el uso de factores de influencia internacional tales como el FMI y del compromiso igualmente intenso con el neoliberalismo como la nueva ortodoxia económica.

También implicó un cambio en la correlación de poder dentro de la propia burguesía, en el que los sectores productivos perdieron poder frente a las instituciones del capital financiero. Esto podía usarse para combatir el poder de los movimientos de trabajadores en la reproducción ampliada, ya sea directamente, ejerciendo la supervisión disciplinaria en la producción, indirectamente, facilitando la mayor movilidad geográfica de todas las formas^o de capital. Así, el capital financiero fue central para esta tercera fase del dominio global burgués.

Este sistema era mucho más volátil y depredador y conoció varios períodos breves de acumulación por desposesión –usualmente mediante programas de ajuste estructural administrados por el FMI– que sirvieron de antídoto para las dificultades en la esfera de la reproducción ampliada. En algunas instancias, tal es el caso de América Latina en los 80, economías enteras fueron asaltadas, y sus activos recuperados por el capital financiero estadounidense. En 1997, el ataque a las monedas tailandesa e indonesia por parte de los fondos especulativos de cobertura (*hedge funds*), respaldado por las feroces políticas deflacionarias demandadas por el FMI, llevó a la bancarrota a empresas que no necesariamente eran inviables y revirtió el destacado progreso económico y social que se había alcanzado en parte del Este y Sudeste de Asia. Como resultado, millones de personas fueron víctimas del desempleo y el empobrecimiento. Además, la crisis suscitó un desplazamiento hacia el dólar, confirmando el dominio de Wall Street y generando un asombroso boom de los valores de los activos para los estadounidenses ricos. Las luchas de clase comenzaron a confluir alrededor de temas como los ajustes estructurales impuestos por el FMI, las actividades depredadoras del capital financiero y la pérdida de derechos a través de la privatización.

Las crisis de deuda pueden usarse para reorganizar las relaciones sociales de producción en cada país, sobre la base de un análisis que favorezca la penetración de capitales externos. Los regímenes financieros internos, los mercados internos y las empresas prósperas quedaron así a merced de las empresas estadounidenses, japonesas o europeas. De este modo, las bajas ganancias en las regiones centrales pudieron ser complementadas con una parte de las mayores ganancias obtenidas en el exterior. La acumulación por desposesión se convirtió en un rasgo mucho más central dentro del capitalismo

global (con la privatización como uno de sus principales mantras). La resistencia a esto también se volvió más central dentro del movimiento anticapitalista y antiimperialista (31). Pero el sistema centrado en el complejo Wall Street-Reserva Federal tenía varias dimensiones multilaterales con los centros financieros de Tokio, Londres, Frankfurt y muchos otros centros financieros participantes. Estaba asociado con la emergencia de corporaciones capitalistas transnacionales que, a pesar de que pudieran tener una base en uno u otro estado-nación, se extendían a lo ancho del mapa mundial en formas que eran impensables en fases previas del imperialismo (los carteles y trusts descritos por Lenin estaban estrechamente relacionados a estados-nación concretos). Este era el mundo que la Casa Blanca de Clinton, con su todopoderoso Secretario del Tesoro Robert Rubin, proveniente del sector especulador de Wall Street, trató de administrar mediante un multilateralismo centralizado (cuyo epítome fue el denominado “Consenso de Washington” de mediados de los ‘90). Por un instante pareció que Lenin se había equivocado y que Kart Kautsky tenía razón y que un ultraimperialismo basado en la colaboración “pacífica” entre los mayores poderes capitalistas –ahora simbolizado por el agrupamiento conocido como el G7 y la denominada “nueva arquitectura financiera internacional” bajo la hegemonía de EUA–(32) era posible.

Pero ahora este sistema se encuentra en serias dificultades. La extrema volatilidad y fragmentación caótica de los conflictos de poder hace difícil, como lo había notado tempranamente Luxemburgo, discernir cómo están trabajando las leyes duras de la economía detrás de la humareda y los juegos de espejos del sector financiero. Pero en tanto la crisis de 1997-98 reveló que el principal centro con capacidad de producir plusvalor se ubica en el Este y Sudeste asiático (de aquí que EUA apuntara específicamente allí para la devaluación), la rápida recuperación del capitalismo en esta región ha vuelto a poner el problema general de la sobreacumulación en el centro de los asuntos internacionales (33). Esto plantea la cuestión de cómo podría organizarse una nueva forma de ajustes espacio-temporales (¿en China?) o de quién soportará el impacto de una nueva ronda de devaluación. La incipiente recesión norteamericana, luego de una década o más de exhuberancia espectacular (aunque “irracional”) indica que EUA puede no ser inmune. La mayor inestabilidad reside en el rápido deterioro de la balanza de pagos de EUA. Según Brenner, “la misma explosión de las importaciones que impulsó la economía mundial” durante los ‘90, “llevó el comercio y los déficits de cuenta corriente de EUA a niveles récord, con el crecimiento inédito de las responsabilidades de los propietarios externos” y “la vulnerabilidad sin precedentes de la economía estadounidense a la fuga de capital y al colapso del dólar” (34). Pero esta vulnerabilidad afecta a ambas partes. Si el mercado estadounidense colapsa, las economías que se orientan a ese mercado como

receptor de su capacidad productiva excedente se hundirán con él. La rapidez con la que los bancos centrales de países como Japón y Taiwán giran fondos para cubrir el déficit estadounidense tiene un fuerte componente de autointerés. De este modo, ellos financian el consumismo estadounidense, el cual constituye el mercado para sus productos. En este momento, pueden estar financiando el esfuerzo militar de EUA.

Pero, una vez más, la hegemonía y dominación de EUA están amenazadas y esta vez el peligro parece más agudo. Si, por ejemplo, Braudel (seguido por Arrighi) está en lo cierto, y una poderosa ola de financiarización puede ser el prelude de una transferencia del poder dominante de un hegemón hacia otro, el viraje de EUA hacia la financiarización en los '70 parecería ejemplificar un patrón histórico de autodestrucción (35). Los déficits, tanto internos como externos, no pueden seguir creciendo descontroladamente por un tiempo indefinido, y la habilidad y voluntad de otros, primariamente de Asia, para financiarlos, al ritmo de US\$ 2.300 millones por día a tasas corrientes, no es inagotable. Cualquier otro país en el mundo que exhibiera las condiciones macroeconómicas de la economía estadounidense estaría sujeto a una despiadada austeridad y a mecanismos de ajuste estructural del FMI. Pero, como lo remarca Gowan: “la capacidad de Washington de manipular el precio del dólar y de explotar el dominio financiero internacional de Wall Street permitió a las autoridades estadounidenses evitar lo que otros estados se vieron obligados a hacer: vigilar la balanza de pagos; ajustar la economía doméstica para asegurar altos niveles de ahorros e inversiones internas; vigilar los niveles de endeudamiento público y privado; asegurar un sistema interno de intermediación financiera para asegurar el fuerte desarrollo del sector productivo interno”. La economía estadounidense ha tenido una “ruta de escape de todas estas tareas” y como resultado se ha vuelto “profundamente distorsionada e inestable” (36).

Más aún, las sucesivas olas de acumulación por desposesión, la marca distintiva del nuevo imperialismo centrado en EUA, están suscitando resistencia y resentimiento dondequiera que irrumpen, generando no sólo un activo movimiento antiglobalización mundial (cuya forma difiere bastante de la de las luchas de clase imbricadas en la reproducción ampliada), sino también una activa resistencia a la hegemonía de EUA por parte de poderes subordinados previamente maleables a su influencia, particularmente en Asia (Corea del Sur es un caso), y ahora inclusive en Europa.

Las opciones para EUA son limitadas. EUA podría apartarse de la actual forma de imperialismo, comprometiéndose en una redistribución masiva de riqueza dentro de sus fronteras y buscando esquemas de absorción del excedente a través de ajustes temporales internos (mejoras espectaculares en la educación pública y reparación de infraestructuras envejecidas serían buenos puntos de

partida). Una estrategia industrial de revitalización de la manufactura también podría ayudar. Pero esto requeriría más financiamiento deficitario o mayores impuestos, así como una fuerte dirección estatal, y esto es precisamente lo que la burguesía se negará a contemplar, como sucedió en los tiempos de Chamberlain. Cualquier político que propusiera un paquete como este sería, casi sin duda, silenciado a gritos por la prensa capitalista y sus ideólogos, y perdería cualquier elección ante el poder abrumador del dinero. Así y todo, irónicamente, un contraataque masivo dentro de EUA así como en otros países centrales del capitalismo (particularmente en Europa) contra las políticas del neoliberalismo y el recorte del estado y de los gastos sociales podría ser una de las pocas formas de proteger, desde adentro, al capitalismo occidental contra sus propias tendencias autodestructivas .

Tratar de aplicar, mediante la autodisciplina, el tipo de programas de austeridad que el FMI usualmente impone a otros, sería, dentro de EUA, aún más suicida desde el punto de vista político. Cualquier intento de hacerlo por parte de los poderes externos (a través de la salida de capitales y el colapso del dólar, por ejemplo) generaría, seguramente, una feroz respuesta política, económica y hasta militar. Es difícil imaginar que EUA pudiera aceptar pacíficamente y adaptarse al crecimiento fenomenal de Asia del Este reconocer tal como Arrighi sugiere que estamos en el medio de una transición y fundamental hacia la constitución de Asia como el centro hegemónico del poder global (37). Es improbable que EUA se despida tranquila y pacíficamente. Implicaría, en cualquier caso, que el capitalismo del Este asiático sufra una reorientación –de la cual existen algunos signos– desde una situación de dependencia del mercado estadounidense hacia el florecimiento de un mercado interno dentro de la propia Asia. Aquí es donde el enorme programa de modernización al interior de China –una versión del ajuste espacio-temporal equivalente al que EUA efectuó internamente en los ‘50 y ‘60– puede jugar un rol importante en la absorción de los capitales excedentes de Japón, Taiwán y Corea del Sur y, por lo tanto disminuir los flujos hacia EUA. Taiwán, por ejemplo, exporta hoy más a China que a América del Norte. La disminución del flujo de fondos a EUA podría tener consecuencias calamitosas.

Es en este contexto que vemos que sectores de las elites políticas estadounidenses buscan ejercitar el músculo militar como el único poder que les ha quedado, hablando abiertamente de Imperio como una opción política (presumiblemente para obtener tributos del resto del mundo) y buscando controlar la provisión de petróleo como un medio de contrarrestar las amenazas de pérdida de poder de la economía global. Los intentos de EUA de incrementar el control sobre las reservas petroleras iraquí y venezolana –en el primer caso, con la intención de establecer la democracia y en el segundo derrocándola– cobran pleno sentido. Ellos buscan una repetición de los

acontecimientos de 1973, ya que Europa y Japón, tanto como el Este y Sudeste asiáticos, ahora con la crucial inclusión de China, son aún más dependientes del petróleo del Golfo que EUA. Si EUA maquina el derrocamiento de Chávez y de Saddam; si puede estabilizar o reformar al régimen saudita, armado hasta los dientes y actualmente asentado sobre las arenas movedizas del autoritarismo (con el riesgo inminente de caer en las manos de musulmanes radicalizados – esto era, después de todo, el objetivo básico de Osama bin Laden); si puede avanzar, como parece probable, desde Irak a Irán y consolidar su posición en Turquía y Uzbekistán como una presencia estratégica en relación con las reservas petroleras de la cuenca del Caspio, entonces, EUA podría esperar mantener el control efectivo sobre la economía global y asegurar su propia posición económica por los próximos cincuenta años a través del control firme del suministro global de petróleo (38).

Los peligros de una estrategia de este tipo son inmensos. La resistencia será formidable en Europa y Asia, y no menor en Rusia. En este punto, es ilustrativa la renuencia a aprobar en Naciones Unidas la invasión militar de EUA a Irak, particularmente por parte de Francia y Rusia, las cuales tienen fuertes conexiones con la explotación del petróleo iraquí. Particularmente, los europeos se sienten mucho más atraídos por una visión kautskiana del ultraimperialismo en la que los principales poderes capitalistas supuestamente colaborarán sobre una base igualitaria. Una hegemonía estadounidense inestable basada en la militarización permanente y en un aventurerismo tal que podría amenazar seriamente la paz global no es una perspectiva atractiva para el resto del mundo. Esto no quiere decir que el modelo europeo sea mucho más progresista. Si se le cree a Robert Cooper, un consultor de Tony Blair, este modelo resucitaría las distinciones entre estados civilizados, bárbaros salvajes del siglo XIX, bajo el disfraz de estados postmodernos, modernos y y premodernos, en donde los postmodernos, como guardianes de la conducta civilizada descentrada, esperaran inducir por medios directos o indirectos la obediencia a las normas universales (léase “occidentales” y “burguesas”) y a las prácticas humanísticas (léase “capitalistas”) alrededor del mundo (39). Este fue exactamente el modo en el que liberales del siglo XIX, como John Stuart Mill, justificaron el mantenimiento del tutelaje de la India y la exacción de tributos externos a la par que, internamente, celebraban los principios del gobierno representativo.

En ausencia de una fuerte revitalización de la acumulación sostenida a través de la reproducción ampliada, esto implicará una profundización de la política de acumulación por desposesión en todo el mundo, con el propósito de evitar la total parálisis del motor de la acumulación.

Esta forma alternativa de imperialismo resultará difícilmente aceptable para amplias franjas de la población mundial que han vivido en el marco de (y en

algunos casos comenzado a luchar contra) la acumulación por desposesión y las formas depredadoras de capitalismo a las que se han enfrentado durante las últimas décadas. La treta liberal que propone alguien como Cooper es demasiado familiar para los autores postcoloniales como para resultar atractiva (40). Y el militarismo flagrante que EUA propone de manera creciente, sobre el supuesto de que es la única respuesta posible al terrorismo global, no sólo está lleno de peligros (incluyendo el precedente riesgoso del “ataque preventivo”) sino que también está siendo gradualmente reconocido como una máscara para tratar de sostener una hegemonía amenazada dentro del sistema global.

Pero tal vez la pregunta más interesante se refiere a la respuesta dentro de EUA. En este punto, una vez más, Hannah Arendt plantea un contundente argumento: el imperialismo no puede sostenerse por mucho tiempo sin represión activa, o incluso tiranía interna (41). El daño infligido a las instituciones democráticas internas puede ser sustancial (como lo aprendieron los franceses durante la lucha por la independencia de Argelia). La tradición popular dentro de EUA es anticolonial y antiimperialista y durante las últimas décadas han sido necesarios muchos ardides, cuando no el engaño declarado, para disimular el rol imperial de Norteamérica en el mundo, o al menos para revestirlo de intenciones humanitarias grandilocuentes. No resulta claro que la población estadounidense vaya a apoyar en el largo plazo un giro abierto hacia un imperio militarizado (no más que lo que terminó avalando la guerra de Vietnam).

Tampoco es probable que acepte por largo tiempo el precio –ya sustancial, dadas las cláusulas represivas incluidas en actas patrióticas y de seguridad interior– que debe pagar internamente en términos de derechos y libertades civiles y generales. Si el Imperio supone anular la Carta de Derechos, entonces no es claro que este trato vaya a ser aceptado fácilmente. Pero la contracara de la dificultad es que, en ausencia de una revitalización espectacular de la acumulación, sostenida a través de la reproducción ampliada, y con posibilidades limitadas de acumular por desposesión, la economía estadounidense probablemente se hunda en una depresión deflacionaria que hará que, por comparación, la experiencia japonesa de la última década se desvanezca en la insignificancia. Y si se produce una fuga seria respecto del dólar, la austeridad deberá ser intensa, a menos que surja una política de redistribución de riqueza y activos enteramente diferente (una perspectiva que la burguesía contemplará con el más completo horror), centrada en la total reorganización de las infraestructuras físicas y sociales de la nación, que absorba el capital y el trabajo ocioso en tareas socialmente útiles, distintas de aquellas puramente especulativas.

Por lo dicho, la forma que tomará un nuevo imperialismo está por definirse. Lo único cierto es que estamos en el medio de una transición fundamental del funcionamiento del sistema global y que hay una variedad de fuerzas en

movimiento que podrían fácilmente inclinar la balanza en una u otra dirección. El balance entre acumulación por desposesión y reproducción ampliada ya se ha volcado a favor de la primera y es difícil imaginar que esta tendencia haga otra cosa que profundizarse, transformándose en el emblema de lo que es el nuevo imperialismo (incluyendo planteos abiertos de gran significado ideológico acerca del nuevo imperialismo y de la necesidad del imperio). También sabemos que la trayectoria económica de Asia es clave, y que EUA todavía tiene dominio militar. Como lo señala Arrighi, esta es una configuración única. Bien puede ser que estemos viendo en Irak la primera etapa de cómo esta configuración podría operar geopolíticamente en el escenario mundial, en un contexto de recesión generalizada.

EUA, cuya hegemonía durante el período inmediatamente posterior a la posguerra se basaba en la producción, finanzas y poder militar, perdió su superioridad productiva luego de los '70 y bien puede estar perdiendo su dominio financiero, quedándose únicamente con el poderío militar. Lo que pasa dentro de EUA es, entonces, un determinante de importancia vital para definir cómo podría articularse el nuevo imperialismo. Y hay, para empezar, una acumulación de fuerzas opositora a la profundización de la acumulación por desposesión. Pero las formas de lucha de clase que ésta provoca son de naturaleza radicalmente distinta a las clásicas luchas proletarias asociadas a la reproducción ampliada (que continúan desarrollándose, aunque en formas más silenciosas) sobre las cuales tradicionalmente descansaba el futuro del socialismo. Es vital impulsar las alianzas que comienzan a surgir entre estos diferentes vectores de lucha en tanto en ellas podemos discernir los lineamientos de una forma de globalización enteramente diferente, no imperialista, que enfatiza el bienestar social y los objetivos humanitarios asociados con formas creativas de desarrollo geográfico desigual por sobre la glorificación del poder del dinero, el valor del mercado accionario y la multiforme e incesante acumulación de capital a través de los variados espacios de la economía global por cualquier medio, pero que termina siempre por concentrarse fuertemente en unos pocos espacios de extraordinaria riqueza. Este momento puede estar colmado de volatilidad e incertidumbre pero esto significa que está también lleno de potencialidades y signado por lo inesperado.

NOTAS

- 1** H. Lefebvre, *The Survival of Capitalism: Reproduction of the Relations of Production*, New York: St Martin's Press, 1976.
- 2** La mayoría de estos ensayos de los '70 y '80 han sido publicados nuevamente en David Harvey, *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*, Nueva York: Routledge, 2001. La principal línea argumental también puede hallarse en Harvey, *The Limits to Capital*, Oxford: Basil Blackwell, 1982 (reimpreso en Londres: Verso Press, 1999).
- 3** Mi propia versión de este argumento teórico se detalla en Harvey, *Limits to Capital*, capítulos 6 y 7.
- 4** R. Brenner, *The boom and the bubble: the US in the world economy* London: Verso, 2002. La teoría de la sobreacumulación en Brenner es muy diferente a la mía pero encuentro su evidencia empírica útil, y en su mayor parte convincente.
- 5** P. Gowan, *The global gamble: Washington's bid for world dominance* London: Verso, 1999.
- 6** Como esta idea excede al presente artículo, voy a reseñar los argumentos de manera esquemática y simplificada, dejando una elaboración más detallada para una publicación posterior. D. Harvey, *The new imperialism*, Oxford: Oxford University Press, de próxima aparición.
- 7** El tema del "nuevo imperialismo" ha sido mencionado desde la izquierda por L. Panitch, "The New Imperial State", *New Left Review*, 11(1). Ver también P. Gowan, L. Panitch and M. Shaw "The State, Globalization and the New Imperialism: A Round Table Discussion", *Historical Materialism*, 9, 2001. Otros análisis interesantes son J. Petras y H. Veltmeyer, *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, London: Zed Books, 2001; R. Went, "Globalization in the Perspective of Imperialism", *Science and Society* 66(4), 2002-2003; S. Amin, "Imperialism and Globalization", *Monthly Review*, 53(2), 2001. Sobre las perspectivas liberal y conservadora, puede verse M. Ignatieff, "The Burden", *New York Times Magazine* (05/01/2003) y R. Cooper "The New Liberal Imperialism", *The Observer* (07/04/2002).
- 8** Los conceptos marxianos de "capital fijo independiente" y "capital ficticio" son analizados en Harvey, *Limits to Capital* (op.cit.), capítulos 8 y 10 respectivamente. El significado geopolítico se analiza en Harvey, *Spaces of Capital* (op.cit.), capítulo 15, "The Geopolitics of Capitalism".

9 La importancia del señoraje es analizada por G. Carchedi, “Imperialism, Dollarization and the Euro”, *Socialist Register 2002*, London: Merlin Press, 2002.

10 G. F. Hegel, *The Philosophy of Right*, New York: Oxford University Press, 1967.

11 V.I. Lenin, “Imperialism: The Highest Stage of Capitalism”, in *Selected Works*, Vol. 1, Moscú: Editorial Progreso.

12 La historia del viraje radical de las soluciones internas para los problemas políticos y económicos a las soluciones externas, como respuesta a la dinámica de la lucha de clase en muchos estados capitalistas, se plantea en una colección de trabajos poco conocida pero fascinante de C.A. Julien, J. Bruhat, C. Bourgin, M. Crouzet, y P. Renouvin, *Les politiques d'expansion imperialiste* Paris: Presses Universitaires de France, 1949, en los que se tratan en detalle y, por comparación los casos de Ferry, Chamberlain, Roosevelt, Crispi y otros.

13 H. Arendt, *Imperialism*, New York: Harcourt Brace, 1968. Hay muchos paralelismos inquietantes entre el análisis de Arendt de la situación durante el siglo XIX y la situación contemporánea. Puede considerarse, por ejemplo, el siguiente párrafo: “La expansión imperialista ha sido provocada por un curioso tipo de crisis económica, la sobreproducción de capital y el surgimiento de dinero ‘superfluo’, producto del ahorro excesivo que ya no podía encontrar inversiones productivas dentro de las propias fronteras. Por primera vez, la inversión del poder no abría el camino para la inversión del dinero, sino que la exportación del poder se limitaba a seguir, tímidamente, a la exportación del dinero, puesto que las inversiones incontroladas en países lejanos amenazaban con convertir a amplias capas de la sociedad en apostadores, con transformar al conjunto del sistema capitalista de un sistema de producción a uno de especulación financiera y reemplazar el beneficio de la producción por los beneficios de las comisiones. La década inmediatamente anterior a la era imperialista, los setenta del siglo XIX, fue testigo de una escalada sin precedentes de los escándalos financieros y la especulación bursátil” (p. 15).

14 J. Henderson, “Uneven Crises: Institutional Foundations of East Asian Economic Turmoil”, *Economy and Society*, 28(3), 1999.

15 Brenner, *The Boom* (op.cit.) presenta el relato más general y sintético de esta turbulencia. Pueden encontrarse detalles acerca de la debacle del este asiático en R. Wade y F. Veneroso, “The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex”, *New Left Review*, 228, 1988; Henderson, “Uneven Crises”; C. Johnson, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York: Henry Holt, 2000, capítulo 9º, el número especial de *Historical Materialism*, 8, 2001, “Focus on East Asia

after the Crisis” (particularmente P. Burkett y M.Hart-Landsberg, “Crisis and Recovery in East Asia: The Limits of Capitalist Development”).

16 Gowan, *Global Gamble* (op.cit.)

17 Se han propuesto diversos nombres para esto. Gowan opta por llamarlo Régimen Wall Street, pero yo prefiero la denominación más compleja Wall Street-Reserva Federal-FMI sugerida por Wade y Veneroso en “The Asian Crisis”(op.cit.).

18 Gowan, *Global Gamble*, (op.cit.) pp. 23, 35.

19 Editorial. *The Buenos Aires Herald* (31/12/2002) p. 4.

20 J. Bhagwati, “The Capital Myth: The Difference between Trade in Widgets and Dollars”, *Foreign Affairs*, 77(3), 1998, pags. 7-12.

21 Las obras citadas, *Global Gamble* de Gowan y *The boom* de Brenner ofrecen perspectivas paralelas interesantes sin hacer ninguna referencia recíproca.

22 R. Luxemburgo, *The Accumulation of Capital*, Nueva York: Monthly Review Press, 1968, pp. 452-3 [edición en español, pp. 420-421]. Luxemburgo basa su argumento en una teoría del subconsumo (falta de demanda efectiva) cuyas implicaciones son bastante distintas a las de las teorías de la sobreacumulación (la falta de oportunidades para realizar actividades rentables) con las que yo trabajo. Una revisión completa del concepto de acumulación por desposesión y su relación con la sobreacumulación se presenta en la tercera parte de Harvey, *The New Imperialism* (op. cit.).

23 M. Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret History of Primitive Accumulation*, Durham: Duke University Press, 2000. En *The Commoner* también se presenta un extenso debate acerca de los niveles cercamientos y de si la acumulación originaria debe entenderse como un proceso puramente histórico o como un proceso continuo <www.the-commoner.org> Un buen resumen proporcionado por DeAngelis puede consultarse en <<http://homepages.uel.ac.uk/M.DeAngelis/PRIMAC-CA.htm>>

24 K.Marx, *Capital*, Vol.1, New York: International Publishers, 1967, parte 8; F. Braudel *Afterthoughts on Material Civilization and Capitalism*, Baltimore: John Hopkins University Press, 1977.

25 Wade y Veneroso proponen en “The Asian Crisis” (op.cit.) la siguiente definición: “En el estado desarrollista se presenta un alto nivel de ahorro familiar añadido a una deuda empresarial equilibrada y a una colaboración entre bancos, estado y empresas, sumado a una estrategia industrial nacional, a los incentivos a la inversión basados en la competitividad internacional” (p. 7).

El estudio clásico es de C. Johnson, *MITI and the Japanese Miracle: The Growth of Industrial Policy*, 1925-75, Stanford: Stanford University Press, 1982; mientras que el impacto empírico de las políticas estatales sobre las tasas relativas de crecimiento económico ha sido bien documentado en M. Webber y D. Rigby, *The Golden Age Illusion: Rethinking Post-war Capitalism*, New York: Guilford Press, 1996.

26 Wade y Veneroso, “The Asian Crisis”(op.cit.).

27 La magnitud de la resistencia es señalada por B. Gills (ed.), *Globalization and the Politics of Resistance*, New York: Palgrave, 2000; ver también J. Brecher y T. Costello, *Global Village or Global Pillage? Economic Reconstruction from the Bottom Up*, Boston: South End Press, 1994. Una reciente guía muy interesante de la resistencia es la que ofrece W. Bello en *Deglobalization: Ideas for a New World Economy*, London: Zed Books, 2002. R. Falk, en *Predatory Globalization: A Critique*, Cambridge: Polity Press, 2000, describe más sucintamente la idea de la globalización desde abajo.

28 H. Arendt, *Imperialism* (op.cit.), p. 28.

29 El mejor planteo es, sin duda, el que ofrecen P. Amstrong, A. Glyn y J. Harrison, *Capitalism Since World War II: The Making and Break Up of the Great Boom*, Oxford: Basil Blackwell, 1991.

30 Gowan en *Global Gamble*, pags. 21-2, presenta evidencias de la connivencia entre Nixon y los sauditas.

31 La izquierda, atada como estaba (y en buena medida todavía lo está) a la política de la reproducción ampliada, fue lenta para reconocer la importancia de las protestas contra el FMI y otros movimientos contra la desposesión. Retrospectivamente, se destaca el estudio pionero de Walton acerca de los patrones de las protestas contra el FMI. Ver J. Walton, *Reluctant Rebels: Comparative Studies on Revolution and Underdevelopment*, New York: Columbia University Press, 1984. Pero también parece correcto llevar adelante un análisis mucho más sofisticado para determinar cuáles entre la miríada de movimientos contra la desposesión son, en términos socialistas, regresivos y antimodernizadores, y cuáles pueden ser progresistas o inclinarse en esa dirección a través de sus alianzas. Como siempre, el modo en el que Gramsci analizó la cuestión meridional parece ser un estudio pionero en el tema.

Recientemente, Petras ha enfatizado este punto en su crítica de Hardt y Negri. Ver J. Petras, “A Rose by Any Other Name? The Fragrance of Imperialism”, *The Journal of Peasant Studies*, 29(2), 2002. Los campesinos ricos luchando contra la reforma agraria no son lo mismo que los campesinos pobres luchando por el derecho a subsistir.

32 P. Anderson en “Internationalism: A Breviary”, *New Left Review*, 14, 2002, p. 20, señala que “algo de lo propuesto por Kautsky” ha llegado a ocurrir, como también lo advirtieron teóricos liberales como Robert Keohane. Sobre la nueva arquitectura financiera internacional, ver S. Soederberg, “The New International Financial Architecture: Imposed Leadership and ‘Emerging Markets’” *Socialist Register 2002*, London: Merlin Press, 2002.

33 Ver Burkett y Hart-Landsberg, “Crisis and Recovery”(op.cit.) 34 R. Brenner, *The Boom*, pág. 3 (op.cit.).

35 G. Arrighi y B. Silver (ed.) *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1999, págs. 31-3.

36 Gowan, *Global Gamble* (op.cit.), p. 123.

37 Arrighi no prevé ningún desafío externo serio, pero tanto él como sus colegas concluyen que EUA “tiene capacidades aún mayores que las que tenía Gran Bretaña hace un siglo para convertir su hegemonía declinante en una dominación explotadora. Si el sistema termina por derrumbarse, será principalmente por la resistencia de EUA a realizar ajustes reacomodamientos. Y, en sentido contrario, el ajuste y reacomodamiento de y EUA al creciente poder económico de la región del este asiático es una condición esencial para una transición no catastrófica hacia un nuevo orden mundial”. Ver Arrighi y Silver, *Chaos and Governance* (op.cit.), págs. 288-9.

38 M. Klare, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict* New York: Henry Holt, 2002.

39 Cooper, “New Liberal Imperialism” (op.cit.).

40 La crítica de U. Mehta en *Liberalism and Empire*, Chicago: Chicago University Press, 1999, es simplemente devastadora al oponérsela a las formulaciones de Cooper.

41 Arendt, *Imperialism*, págs 6-9 (op.cit.). Esta ha sido una fuente interna persistente de preocupaciones contra los riesgos imperialistas por parte de EUA, como lo plantea William Appleman Williams en su *Empire as a Way of Life*, Oxford: New York, 1980.